

EL REGAÑON GENERAL.

Miércoles 14 de Setiembre de 1803.

COSTUMBRES.

Señor Público: Me confundo cada vez que pretendo averiguar de donde nace entre nosotros esta maldita inclinacion que tenemos de no divertirnos sino á costa de nuestros semejantes. Quando exámino los espectáculos y las diversiones que han entretenido, y entretienen á los hombres, no puedo ménos de notar este defecto, y hasta el mismo trato de las gentes no es ameno ni divertido en el concepto de los hombres del día, si no se emplea la sátira, la murmuracion, ó á lo ménos si no es el próximo el objeto de nuestras conversaciones: esto sin duda ha sido causa de que se haya extendido tanto el uso del *ridículo* como se nota generalmente. Uso de esta voz porque expresa mejor que otra alguna la especie de burla que se hacen los individuos racionales unos á otros. El ridículo consiste en chocar contra la moda, ó contra la opinion general, y algunas veces se emplea contra los que se separan de la razon. Su dominio no se extiende mas que á las cosas indiferentes por su naturaleza, y que la moda las hace valer, como el vestido, el language, la afectacion, y el ayre del cuerpo; pero como la moda se ha hecho todo poderosa entre los hombres, se juzga de las acciones, de las ideas y de los afectos con relacion á ella, y todo lo que no se conforma con esta tirana de la sociedad, se tiene por ridículo. Por una conseqüencia de este principio se extiende la ridiculez hasta sobre la virtud, y este es el medio mas seguro que emplea la envidia para obscurecer su esplendor. El ridículo ha llegado á ser la ponzoña de la virtud y de los talentos, y alguna vez el castigo del vicio; pero, por desgracia, hace mas impresion sobre los hombres honrados y sensibles, que sobre los viciosos, porque estos se atrincheran contra el ridículo, y

entre ellos se da y se recibe sin causar mas efecto que una diversion pasagera.

La ridiculez es el azote de los hombres sociables, y que siguen la moda, y es muy justo que tengan por tirano un sér imaginario. Comunmente se ve que se sacrifica la vida al honor, y que el honor se prostituye á la fortuna; pero se han dado muchos exemplares de aventurar los hombres su fortuna, y todo al temor de hacerse ridiculos. Yo no me admiro que se ponga tanto cuidado en evitar la ridiculez, porque esta hace mucha fuerza en el espíritu de aquellos con quienes tenemos que tratar familiarmente; pero no tiene disculpa la extremada sensibilidad que muchos sugetos sensatos tienen sobre este punto, y este temor tan excesivo ha producido una multitud de burlo-nes ó ridiculizadores, que deciden en todas materias con magisterio. Si estos individuos no se hubieran apoderado del empleo de ridiculizar á los demas, serian ellos los mas ridiculizados; de manera que son lo mismo que aquellos delinquentes sentenciados á la hórca que se ponen á verdugos por librar la vida.

Creem pues todos estos sugetos que su imperio es universal, y no es sino harto limitado, pero por mas pequeño que sea no dexa de ser bastante poderoso en la sociedad, porque el temor pueril de hacerse ridiculo sofoca las ideas, reduce los talentos, formándolos por un solo modelo, y produce las mismas conversaciones poco interesantes por su naturaleza, y fastidiosas por su repeticion. Así sucede que los necios son los únicos que han ganado en el trato general y amanerado que se usa, pues se han igualado á lo ménos con los sugetos mas instruidos y de ingenio, porque el talento es igual en todos los hombres quando no tiene mas campo donde extenderse que en el corto recinto de las materias que se tratan generalmente en la sociedad. En feniendo el tono y los modales de estilo, puede qualquiera impunemente ser un necio, pues nada hay que se parezca mas á la necedad, que la ignorancia de algunos usos bastante comunes.

No basta el no exponerse á la ridiculez para librarse de ella, porque se ridiculiza á los que lo merecen ménos, y hasta á las personas mas respetables. Como sobre el ridiculo no se ha decidido cosa alguna positiva, no tiene mas existencia que en la opinion de las gentes, y así es que depende en parte de la disposicion del que le recibe, y en este caso tiene necesidad de ser aceptado. Por este motivo se logra destruirle, no rechazándole con fuerza, sino recibéndole con menosprecio é indiferen-

cia, pues con él sucede lo mismo que con las flechas de los indios de América que traspasaban el hierro, y no podían penetrar los vestidos de lana. Aun quando un hombre merezca que le pongan en ridículo, puede tener el arte de inutilizarlo, siguiendo y adelantando la burla en la misma materia de que se han valido, y de este modo consigue humillar á su adversario, menospreciando los golpes que intenta darle.

El hombre que emplea su talento en ridiculizar á los otros, y exponerlos á la risa, indica que no tiene las mejores ideas, y que no hay en sus pensamientos honor ni elevacion. Todos en el mundo tenemos nuestras debilidades, y los caractéres mas sobresalientes tienen los mayores lunares: pero ¿podrá haber una cosa mas absurda que realzar los defectos de un individuo sin hacer mención de sus excelentes qualidades, fixar mas la atencion sobre sus vicios que sobre sus virtudes, y hacerle que sirva mas bien de juguete, que tenerle por modelo? Se nota comunmente que los sugetos que se dedican á hacer burla son muy ingeniosos y hábiles en descubrir las debilidades de los otros, aunque ellos en sí no posean qualidad alguna que sea buena, y de esta conducta nace el que estos hombres despreciables y llenos de malicia ganan muchas veces mas reputacion, y son mas estimados que las personas de un carácter mas apreciable.

Si el ridículo sirviese para desterrar el vicio y la locura del mundo, podria sin duda ser muy útil; pero si en lugar de ejercitarse en esto se emplea ordinariamente en burlarse de la virtud, y en combatir lo mas respetable, lo mas santo, y lo mas digno de elogios. En las primeras edades del mundo en que florecieron los héroes, las almas grandes y generosas, los hombres no se distinguían unos de otros mas que por la noble sencillez de costumbres, y no conocian todos estos placeres de la conversacion, que tanto se ponderan en el día. Verdad es que nosotros no hemos podido igualar á los antiguos ni en la poesía, ni en la oratoria, ni en la pintura, ni en la arquitectura, ni en la historia, ni en las artes y ciencias que dependen mas del talento que de la experiencia; pero les excedemos y con mucho en la chanza, en el burlesco, en la sátira, y en todos los modos triviales de poner á los hombres y todas sus dependencias en ridículo.

Otro vicio que tambien distinguimos en la sociedad, y que es casi tan comun como el que acabamos de describir es el prurito que tienen los hombres de hacerse singulares y notados, y este me parece que nace de la uniformidad que se encuentra en

el trato de las gentes, porque en todas partes se ven generalmente las mismas ideas, los mismos modales, y se oyen las mismas conversaciones. La singularidad no es precisamente un carácter, sino una especie de sistema involuntario, unido a alguna de nuestras qualidades naturales que seguimos sin advertirlo nosotros mismos, y que quando llegamos á reconocerle se destruye enteramente, de tal modo que es lo mismo que un enigma, que dexa de serlo luego que se sabe lo que quiere decir. Quando un hombre llega á notar que es diferente de los otros en su modo de pensar, y que esta diferencia no es un mérito, no puede permanecer en él sino por afectacion, y entónces el orgullo que manifiesta causa fastidio, al paso que la singularidad natural infunde un cierto agrado en la sociedad, que reanima la languidez. Hay muchos necios que viendo el partido que logra alguna vez la singularidad, se quieren hacer singulares, pero se hacen mas ridiculos, porque queriendo ser alguna cosa son insufribles. Como han oido decir muchas veces que los hombres mas grandes no estan libres de alguna especie de locura, ellos imaginan extravagancias, y no hacen mas que necesidades.

Otra especie de singularidad afectada se nota en el trato de las gentes con bastante freqüencia, que consiste no solo en procurar no ser lo que son los demas, sino en ser únicamente lo que ellos no son. Este defecto se distingue en las tertulias, con especialidad donde los caractéres estan repartidos entre los concurrentes como los papeles en las comedias. Uno se hace filósofo, otro chistoso, otro de humor tétrico, otro burlon, y á este tenor los demas: sugeto hay que teniendo un carácter condescendente y sencillo, se ha hecho satírico, porque ya encontró su papel ocupado. No es de extrañar que estos caprichos tengan lugar en la cabeza de un necio: lo admirable es que se encuentren en muchos hombres de talento, pues se nota en algunos de estos que creen hacer brillantes sus defectos por la singularidad, haciendo mas bien gala de ellos, que aplicándose á corregirlos. Estos representan su propio carácter: estudian la naturaleza para separarse de él, y formarse uno particular: no hacen ni dicen cosa alguna que no se aparte de la sencillez, y sucede al fin que por buscar las rarezas no se encuentran mas que las necesidades, porque los mismos hombres de talento nunca tienen ménos que quando hacen un estudio para tenerlo. La experiencia misma nos enseña que la naturalidad, aunque mas se busque, jamas se encuentra, porque el esfuerzo en esta parte produce el exceso, y este descubre la falsedad del carácter:

muchos quieren parecer de genio duro, y se hacen feroces; otros pretenden ser vivos, y son aturdidos; la bondad estudiada degenera en una politica fastidiosa, y la sinceridad aparente no dexa de conocerse, pues aun quando llegue á imitarse por algun tiempo, no llega jamas á ser una franqueza, la qual tiene la propiedad de que muchos y repetidos actos no bastan para probarla, y uno solamente en contrario la destruye.

Finalmente, toda afectacion llega al cabo á descubrirse, y queda emónces el individuo en un concepto mucho más inferior del que merece. Así pues, el único medio de evitar todos éstos inconvenientes es que seamos lo que realmente somos, sin añadir cosa alguna á nuestro carácter, procurando tan solo separar de nosotros todo lo que pueda incomodar á los demas: tengamos valor para substraernos del imperio de la moda, pero sin pasar los limites de la razon. Salud.

El Presidente.

SECRETARÍA.

CARTA QUE HEMOS RECIBIDO.

Señor Editor del Regañon general: Muy Señor mio: Lo mucho que vmd. habla de la educacion, y los males que causa el descuido de los padres en ella, de que tengo experiencia en mí mismo, me obliga á manifestar á vmd. quan útil seria que en Madrid, y demas poblaciones del Reyno, proporcionadas á mi intento, se estableciesen por subscripcion unas Casas de enseñanza y recogimiento, llevando á ellas, con el auxilio del Gobierno, quantos pobres se encontrasen sin hogar, ni lugar determinado para vivir, extendiéndose los encargados de un establecimiento tan santo á cuidar igualmente de los pobres del respectivo Barrio que vivan en sus casas, y necesiten de auxilios ó direccion en algunos casos para su subsistencia.

El pueblo de Madrid, por donde á mi parecer debe principiarse esta idea, se compone, segun un cálculo prudente, de doscientas mil almas, ó quarenta mil vecinos, quienes podrán contribuir adelantadamente con veinte reales de vellon cada uno, y yo, aunque de la clase mediana, lo practicaré con seiscientos al año. Por este cálculo resultará, la cantidad total de ochocientos mil reales vellon en igual tiempo, los quales divididos en ocho Establecimientos con cien mil reales de fondo

cada uno para principiar sus operaciones de industria, sin mas cargas que las muy precisas, me parece podrian bastar á sostener tan benéfico establecimiento, repitiéndose cada año la recoleccion de la propia cantidad citada.

Lo practicado ya sobre este punto en las Cárceles y Casas de Recogimiento, dan una idea de que mi pensamiento no es impracticable, y si el mal se atacase en los principios, no habria tantas victimas de la desgracia, probablemente casi todas por falta de educacion.

Conozco que esta idea podrá merecer la atencion de vmd. atendido su carácter del Regañon general, y la presencia de tantos objetos lastimosos como se presentan á cada paso en las calles de esta Corte, los quales mueven á piedad, ó endurecen tal vez con la continuacion de mirarlos y oirlos declamar, al corazon mas sensible.

Yo conozco que ni el estilo ni el plan que queda referido es apropósito para abrazar un objeto tan vasto, pero vmd. sabrá extender uno y otro, segun corresponde, animando con sus expresiones el zelo de todos, para que concurren gustosos á remediar la miseria de sus semejantes, y proporcionar al Estado ahora y en adelante una porcion de brazos útiles, que tal vez, segun el sistema del dia, le son sumamente gravosos y perjudiciales. B. L. M. de vmd. su mas afecto seguro servidor

F. X. P. T. R.

EL LORITO. FABULA.

Como las perdices	Presentóse el mozo
Son tan agraciadas,	Con toda la gala
Con aquel piquito	De sus coloridos,
De color de grana,	Y ellas muy pagadas
Su pintada pluma;	De su bizarría,
La mucha elegancia	Lo acogen y halagan
Del hermoso pecho,	Con grandes caricias
Y toda la gracia	Y finezas raras.
De aquellas patitas	Una le pedia,
Tan recoloradas;	Para hacerse galas,
Un Lorito mio	Plumas amarillas,
Se huyó de la jaula,	Otra coloradas,
Y fuese tras ellas	Otra quiere verdes,
Por esas montañas.	Y él por agradarlas

Fué tan boquirrubio,
Que en pocas semanas
Quedó desplumado,
Sin que le dexáran
Mas de los cañones,
Y aun eso de gracia.

Quando lo paráron
Tan de mala data,
Huyéronle todas,
Y tornó á la jaula
Lleno de ignominia;
Inquiero la causa
De su desventura,

Y él, que nada calla,
Me lo dixo todo;
Y al ver su ignorancia
Le dixe, Lorito,
Dale al cielo gracias
Porque esas perdices
Eran de montaña,
Que si has tropezado
Con estas que andan
Por las poblaciones,
Ellas te dexáran
Tan descañonado
Que no pelecháras.

M. M. M.

NOTA. Esta fábula y otras que se pondrán en este papel de igual, ó tal vez de mayor mérito que la presente, señaladas con la misma cifra, forman parte de una coleccion que intenta su autor dar á luz lo mas pronto que pueda.

OTRA CARTA.

Los-Idolos.

Señor Regañon: Toda mi vida me ha parecido extraño el que el hombre cargado de flaquezas y defectos pueda llegar á tener ambicion de gloria, y que el vicio, la ignorancia, la imperfeccion y la miseria pretendan elogios, y aspiren á ser objetos de admiracion, bien que las mas veces el camino que se toma para llegar á ésta, conduce precisamente al término opuesto.

¿Qué cosa hay, por exemplo, mas ridícula y despreciable que estas mugeres que en su vanidad se figuran ídolos?... Pero mejor será que para mayor claridad haga yo aquí su retrato.

Es preciso advertir en primer lugar que un ídolo está siempre y únicamente ocupado del afan de adornarse: en todas las actitudes de su cuerpo, en el ayre de su rostro, y en el movimiento de su cabeza, manifiesta que no tiene otro objeto que el atraerse adoradores; por lo que vemos siempre que los ídolos se presentan en todas las concurrencias públicas, y en los lugares mas freqüentados, para seducir á los pobres hombres.

Es cierto que un ídolo puede decaer de su divinidad por varios accidentes: el matrimonio, por exemplo, es una anti-

apoteosis, ó una divinizacion inversa, porque desde que un ídolo se familiariza con un hombre, cae al momento á su primer estado de criatura mortal, esto es, vuelve á ser muger, y nada mas.

La vegez es tambien otro terrible enemigo de los ídolos, porque en verdad no hay un ente mas infeliz que un ídolo ar- rugado, y aun qualquier ídolo que tiene hijas que se van divi- nizando; por lo que, para evitar equivocaciones, señalamos á los ídolos el término preciso de treinta años, y no mas, ni un dia, despues de los cuales se las degrada de su dignidad, vol- viéndolas á la clase de mugeres, aunque aparenten robustez, buen color, poco juicio, melindre, ansia por las modas, y en fin, qualquiera otra gracia y mérito. Así pues, ya que en qual- quier caso la muger sobrevive siempre al ídolo, es conveniente que vmd. señor Regañon, saque la moralidad de mi discurso, inculcando á las damas que dirijan á mas sólido objeto sus afa- nes, esto es, que no busquen la admiracion, sino la estimacion de las gentes sensatas, la que no lograrán jamas de la belleza, de los adornos, ni de sus perpetuas é insufribles conversaciones sobre modas; sino de las buenas qualidades interiores del alma, y de las virtudes de su corazon, que son las únicas gracias du- rables, las cuales ni el tiempo, ni las enfermedades podrán nunca borrar, y las harán tanto mas amables, quanto sean mas conocidas. Vmd. podrá, señor Regañon, decirlas otras muchas cosas que omite su corresponsal afectísimo

Diógenes.

AVISO.

Se recuerda á los Subscriptores de las Provincias como á fi- nes de este mes se cumplen los quatro que han pagado desde el principio de este periódico, para que concurran con tiempo á las Librerías en que han suscrito á renovar la subscripcion, y no experimenten atraso en el recibo de los Números, pues el que no avisare que continúa no los recibirá. El abono por los tres meses es de veinte y quatro reales, francos de porte, á ra- zon de ocho reales por cada mes.

CON REAL PRIVILEGIO.

MADRID

EN LA IMPRENTA DE LA ADMINISTRACION DEL REAL ARBITRIO DE BENEFICENCIA.